

Llegó la hora

Juan Antonio Isla Estrada

- El voto será por lo que queremos ser y por lo que queremos que no siga siendo.
- La franja de los electores indecisos resolverá quien es el futuro Presidente de la República.
- Trascendental también la configuración del Congreso.

Ha llegado la hora de la decisión. Después de un proceso largo y azaroso. Nunca una competencia electoral por la presidencia de México había sido tan compleja y reñida. Por fin este domingo 2 de julio los mexicanos acudiremos a las urnas para expresar nuestra voluntad, no a favor de los individuos o los partidos sino de los mejores proyectos, de los programas que garanticen el progreso, la seguridad, el desarrollo sustentable, el logro de las reformas pendientes, la realización de los cambios estructurales, el combate a la corrupción y a la pobreza. En fin, casi todo por lo que han luchado gobiernos que van y vienen y con resultados, en ocasiones muy magros y decepcionantes. El voto será por lo que queremos ser y por lo que queremos que no siga siendo.

Durante las últimas semanas la lucha ha sido encarnizada. El intercambio de estrategias mediáticas, basadas en la descalificación del adversario, llegaron a niveles de bajeza nunca antes vista. El proceso llevó a los partidos y a los candidatos a probar toda clase de recursos para tomar ventaja en función de desacreditar al contrario. El desgaste ha sido parejo, el espectáculo ha sido vergonzoso. La guerra de encuestas tocó también los límites, la propaganda se convirtió en un lodazal. Este domingo por fin termina esta carrera en el fango del cual no salió librada ninguna de las aves que cruzaron el pantano. Al final todas terminaron manchadas. Aún el plumaje de las que se decían sin mácula resultó salpicado.

No es esta una elección más. Será una elección trascendente por las condiciones históricas, las variables internas y sus implicaciones políticas y económicas. No hay más que de tres sabores: representa un voto a favor de la continuidad, la ratificación de un gobierno que propuso un cambio y entregó retacería, saldos pobres y algunos retrocesos o significa el retorno al viejo régimen, a los vicios de autoritarismo y corrupción o bien el giro de 180 grados para confiar el poder a una fuerza de izquierda movida por un engranaje de figuras (declinantes u oportunistas), muchos de ellos productos de un infructuoso proceso revisionista del antiguo partido de Estado.

En esta elección, como en muchas otras de las democracias modernas, el ganador será aquel que logre captar el voto grueso de los indecisos. Esto es, ningún partido ni candidato alguno tiene hoy asegurado el triunfo. De poco habrá servido el espantoso gasto en propaganda, la guerra inútil de las encuestas, las batallas verbales de un lenguaje poco florido y elegante. Y es que, según estudios serios de especialistas que han analizado el electorado en México, la masa de sufragantes potenciales se caracteriza por ser fragmentado y volátil, e incluso hasta un 43% de los votos pueden cambiar de un día para otro.

Según los expertos, las encuestas preelectorales son solamente indicadoras o referentes, significan una tendencia, no representan una verdad absoluta, y muchas de ellas obedecen a encargos y maquillan sus porcentajes a conveniencia del cliente. Otra característica del elector mexicano es que tiene una pobre identidad ideológica y partidaria, además de que es susceptible ante hechos impactantes, como manejos intencionados de imagen de los candidatos, por lo que su voto final puede ser otorgado a quien más le conviene en términos de motivos personales y no por intereses comunitarios o proyectos de impacto colectivo.

Está demostrado en las recientes elecciones en países latinoamericanos que el elector tiene una alta identificación en términos de imagen con el candidato y no con el partido político. En el caso de México el voto duro ha venido dando paso a un proceso de personalización o 'subjetivización' de la política, de tal modo que si antes se hablaba de un elector etiquetado en clases sociales, donde por ejemplo Acción Nacional aglutinaba a personas de corte empresarial y el Revolucionario Institucional a los de segmentos populares, ahora en el

ciudadano parece dominar una curiosa mezcla de sentimientos personales (en donde se conjugan mitos, prejuicios, frustraciones y otros factores psicosociales).

En este punto nos preguntamos si el supuesto fracaso de la selección nacional de fútbol, que nuevamente se quedó en la frontera de la mediocridad en la Copa del Mundo, ejercerá alguna influencia en el ánimo de los electores. ¿Hasta donde esa desmedida furia patrioteria estimulada por los mercachifles de la televisión que explotaron nuestra vena nacionalista, se convirtió en un infortunio del que se puede resarcir un pueblo herido mediante el voto de castigo?, ¿quién será el castigado y quién el beneficiario de la desgracia de cada cuatro años que esta vez coincidió con el proceso electoral?, ¿quien gane la elección será aquel que recogerá las boletas cruzadas por resentimiento, por la reacción visceral ante las expectativas rotas y los héroes verdes caídos por un proyectil que se anidó en la portería mexicana en el estadio de Leipzig?

Así de volátil es el voto que decidirá la próxima elección. Si el ídolo tropezó, levantemos un Dios; si el héroe murió construyamos un templo. Democracia y primitivismo en una misma presentación. La tragedia de la derrota eterna de un pueblo, magnificada a la profunda reflexión de nuestra identidad y al mensaje de tremenda desolación expresada en un papel con los personajes que representan el precio de la perenne inferioridad o la inconsciente jactancia del costo de la victoria democrática.

Pero la elección no se agota en la erección de un nuevo tótem. A su lado se decide la construcción de un Congreso que deberá acompañar al Ejecutivo en el diseño de un proyecto de Nación o en la explosión de los 'fractales' que arroje el caos.

De la composición del Congreso (en donde no se vislumbra la posibilidad de una mayoría absoluta de ningún partido) dependerá la cimentación de un acuerdo de reconciliación nacional que, en un mediano plazo, sirva de base para repensar una nueva Constitución que vaya a tono de los nuevos tiempos y que oriente el camino que habrán de transitar gobierno y gobernados hacia un horizonte de mayor justicia. El país ya no resiste tanto egoísmo de los políticos, tanto encono entre los partidos y tanta inequidad social.

Llegó la hora. Acudamos a votar el domingo 2 de julio por el futuro de nuestra comunidad, por el destino de México.